

EDITORIAL

Mientras no cambie lo que ocurre en las aulas de clase no lo harán las instituciones educativas, mientras no cambien las instituciones educativas difícilmente lo hará la sociedad.

De acuerdo con Vattimo, la modernidad se caracteriza por haber hecho de la novedad un fin en sí misma. Ello puede verificarse en los más diversos aspectos de la actividad humana, y la vida intelectual no es ni mucho menos la excepción.

Lejos de agotarse en el relevo de los *ismos*, las mutaciones de la vida intelectual se hacen extensivas al léxico y a los hábitos lingüísticos por medio de los cuales en Occidente se venía adelantando la construcción de mundo. De la crisis de los presupuestos de la actividad intelectual participan sin excepción las disciplinas humanísticas. Algunos ejemplos. Los conceptos fundamentales de la tradición filosófica han sido controvertidos, los de realidad y verdad, sujeto y objeto entre otros. En detrimento de las posturas evolucionistas en auge durante el siglo XIX, el multiculturalismo ha hecho carrera entre los antropólogos. Con la reivindicación del dialogismo por Bajtin, ha sido revisado el pretendido monopolio del autor omnisciente en literatura. El constructivismo de estirpe kantiano-piagetiano empieza a ceder terreno frente al constructivismo radical inspirado en los trabajos de Vygotsky y más recientemente de Bruner, cuando no sólo se considera al mundo para el hombre como una construcción del sujeto, cuando además se advierte que el sujeto se reconstruye al construir mundo. Con el surgimiento de la Escuela de los Anales en Francia no sólo hace crisis el concepto de historia universal, sino que además se le da la palabra a una serie de protagonistas de la historia que hasta ahora habían permanecido silenciados. Es cuando surgen obras en torno a la historia de la vida privada, de las mentalidades, de las

mujeres, para citar algunas. Con el advenimiento de la pragmática lingüística se revela la insuficiencia de todas aquellas teorías que habían idealizado, estilizado la comunicación, las mismas que toman como punto de referencia el sistema de la lengua en detrimento del habla (Saussure); el hablante oyente ideal, en perjuicio de la *performance* (Chomsky). Ha sido puesto en cuestión, en síntesis, ese mundo ordenado, sometido a una rigurosa taxonomía, ese mundo objetivo, comprometido con un deber ser, con una filosofía de la historia, en el que todavía es posible hablar del hombre, del método, del lenguaje como otros tantos universales. Porque la crisis de los presupuestos registrada en la modernidad ha llegado a socavar nuestros más añejos prejuicios, nuestras más recónditas presunciones hoy día se habla de posmodernidad, poshistoria, posmetafísica, lo que llevaría a reconocer que asistimos (participamos de) un auténtico cambio de paradigma en las disciplinas humanísticas en la terminología de Kuhn, cuando el mundo se concibe como un mundo en construcción; el hombre, como un ser a medio hacer; el lenguaje, como una diversidad de léxicos, y los acuerdos entre individuos o comunidades, aunque posibles y necesarios, se consideran más puntuales, más frágiles, más laboriosos, inclusive, de lo que ayer podíamos (o queríamos) suponer.

Porque las esperanzas relativas a la construcción de un mundo más justo, de un hombre más solidario, de una sociedad abierta se han depositado en la educación, no falta quien sostiene después de la caída del muro de Berlín -parodiando a Heidegger- que "sólo la educación puede aún salvarnos". Porque el mundo para el hombre no es ese mundo sólido, rotundo, categórico, ese mundo físico en el que la palabra no era más que un rótulo de las cosas; porque después de la crisis de los sistemas, de las ideologías, el mundo se nos revela como un mundo diverso y disperso; porque a partir de la imprenta, los *mass media*, internet, el mundo se nos presenta como un mundo apalabrado, y en esas condiciones la palabra deja de ser acólito del pasado para convertirse en ariete del porvenir, la educación no puede ser la misma. Ello amerita una precisión.

Lejos de girar alrededor de las prácticas pedagógicas recomendadas para adaptar al ciudadano a un mundo que en lo esencial ya estaba hecho como ocurría en los tiempos premodernos, de capacitar al individuo para construir mundo de acuerdo con determinado modelo o ideal como aconteció en la modernidad, las prácticas pedagógicas -si no se quiere incurrir en un anacronismo- deben, en cambio, habilitar al hombre para participar de un mundo en el que se hace cada vez más perentorio el concurso de la imaginación, en el que los contextos compartidos no son el punto de partida sino el de llegada, al que la crítica le resulta tan necesaria como la tolerancia, en el que los pocos universales que todavía sobreviven han sido sitiados por la historia.

